

Anormalidad

LA política de nuestro país pasa por un período de anormalidad. Los actores políticos que más incidencia tienen son aquellos que no están llamados a actuar en ella. Los actores naturales del debate político, en cambio, se resignan a tener un rol secundario en él. O más bien, con su propia acción se autoasignan dicho rol. Todo lo cual ocurre mientras nos acercamos aceleradamente al acto más normal de la política: votar.

Las distintas corrientes políticas parecen no interpretar a los ciudadanos; por lo mismo, su imagen de credibilidad es muy baja. Su diagnóstico ha sido equivocado y, por lo mismo, su lenguaje absolutamente opuesto al que los ciudadanos esperan. Hablan de superar los graves problemas del país, no teniendo más receta ni política que ofrecer para ello que el cambio de gobierno. Convocan a la ingobernabilidad, a la desobediencia civil, a la no violencia activa, al año decisivo; todos conceptos opuestos al orden y a la paz social, máximo anhelo de la mayoría. Ven un país polarizado, cuyas partes jamás —sin embargo y afortunadamente— se enfrentan entre sí. Dicen querer la unidad del país y la reconciliación, sin dejar de fraccionarse entre ellos mismos.

Por otra parte, hay actores que han entrado al campo de ingresado a la política con gran eficacia, sin ser, no obstante, los actores naturales de ella. Es el caso de la Iglesia, cuya credibilidad y peso moral siguen siendo muy fuertes. Otro ejemplo lo constituyen las FF.AA., las cuales a su unidad intacta añaden una coherencia de objetivos que las convierte en una institución sólida y gravitante.

La jerarquía eclesiástica durante mucho tiempo ha desarrollado, por desgracia, gran actividad política. Tras la visita del Santo Padre a Chile, sin embargo, ello se moderó. No obstante han resurgido algunos hechos que son inquietantes. Como las declaraciones del obispo Camus haciendo un juicio moral sobre la Constitución que habrá de regir, es un hecho, la vuelta a un régimen democrático. O esa suerte de disputa subterránea, en que aflora el conflicto larvado entre Iglesia-Gobierno, en torno a dos feriados religiosos. El Gobierno decretó que ambas fechas legalmente lo fueran. Es decir, se dio la posibilidad para que los católicos celebraran dichas fiestas con el acto más importante de su credo: revivir la pasión de Cristo en la Cruz. Pero la jerarquía de la Iglesia decidió no hacerlo por razones formales. Determinación que parece contradictoria e incomprendible para muchos católicos. Casi simultáneamente a aquella, el Comité Permanente del Episcopado se pronunció a favor de la inscripción en los Registros Electorales. Cuestión del todo plausible. La coincidencia de los hechos es más fatal. La Iglesia no acepta feriados religiosos decretados por el Gobierno, pero si llama con entusiasmo a cumplir con un derecho cívico.

Por su parte, algunos oficiales de las FF.AA. se han pronunciado con toda claridad en favor de la eventual candidatura del Presidente Pinochet, generando una seguidilla de declaraciones. Un propósito también defendible en lo individual, pero que planteado en este momento y por oficiales en servicio activo, causa una grave distorsión.

El país, en tanto, no comprende nada de este debate. Un debate con contrasentidos, en el que militares participan activamente demostrando su preferencia para una elección presidencial, mientras obispos hablan de la ilegitimidad de la Constitución y llaman a inscribirse en los Registros Electorales. Ello no es normal. Tampoco lo es el que se repita una vieja historia: en una sola elección se juega el cara o sello del país.

La presencia de todas estas situaciones extrañas hace que los chilenos estén muy preocupados de lo que ocurrirá en el plebiscito, porque están conscientes de que los puede afectar en lo personal; a sus familias, trabajos o negocios. Pero igual se mantienen distantes. Se habla de política, pero no se actúa en ella. Y esta actitud tampoco es normal.